

(54)

cien mil pesares juntos, maxime no pudiendo descubrirla á nadie. No dudo, Señora, que hace tiempo habreis podido conocer mi locura y presuncion; pues me atreví á levantar tanto mis vuelos, que he deseado mezclarme con la sangre de Aragon, arrastrado por mi temeraria inclinacion á una princesa como vos. ¿Quién puede engañar los ojos de una dama enamorada, particularmente de la que no tiene semejante en talento y discrecion? Tambien yo os confieso haber conocido que vuestro tierno y noble corazon abrigaba cierta aficion particular, que me distinguia entre todos los demas criados de la casa: mas en medio de esto, y conociendo la distancia enorme

(55)

que nos separa, se aumentaba mi afliccion; pues la sola esperanza que por lo grande debia mirar como una quimera, no bastaba á dar la fuerza suficiente al sufrimiento y constancia de mi triste corazon. Y pues que hoy debo á vuestra ternura y generosidad una dicha tan inesperada, os suplico dispongais de mí, no como marido, sino como de un esclavo, que es y será, interin respire, vuestro humilde criado, mas pronto á obedeceros que vos á mandarle. Resta, pues, Señora, el pensar cómo nos hemos de conducir, para que estando seguros, vivais sin peligros y sin que las lenguas mordaces tengan ocasion de calumniar vuestra buena reputacion.»

Hé aqui el primer acto de la tragedia, y los aparatos del suceso que los condujo á los dos al sepulcro: juráronse los dos amantes mutuamente la fe del contrato, señalando la hora para el dia siguiente; y habiendo esta llegado, se halló la Duquesa sola en su cuarto, sin mas compañía que una doncella jóven que habia sido criada y educada con ella desde la cuna, la cual entró al momento en el secreto de este enlace, que tuvo efecto en su presencia, luego que se dieron palabra de presente. Pero la pena fue mas grande que el placer, y hubiera sido mejor para el uno y para el otro que se hubiesen mostrado tan prudentes en el hecho con el testigo que tu-

vieron, como discretos en callar lo que habian ejecutado; porque aunque ellos se manejaron con la mayor discrecion en sus satisfacciones amorosas, y que Bolonia hiciese siempre de dia el papel de criado, al fin fue preciso viesen lo que ellos no querian se supiese con evidencia; porque no es de presumir vivan dos esposos juntos amándose tiernamente, sin que se deje ver algun fruto. La Duquesa despues de haber logrado tantas satisfacciones, siendo una muger jóven, sana, robusta y no estéril, vino por último á quedar en cinta, llenando este accidente á los dos esposos de consternacion; pero se manejaron de tal modo, que nadie pudo traslucirlo. El niño, primer

fruto de aquel amor conyugal, fue criado en una aldea, y quiso su padre se llamase Federico, en memoria de los padres de su esposa: mas como la fortuna está siempre en acecho armando lazos por cansarse de proteger mucho tiempo á los humanos, envidiosa ya de tal prosperidad, preparó otro nuevo compromiso á nuestros amantes que tuvieron precision de cambiar de sistema; pues habiéndose hecho otra vez embarazada la Duquesa, y dado á luz una niña, no pudo guardarse como antes el secreto en términos que dejase de susurrarse, no solo en Nápoles sino mucho mas lejos; pues como la fama tiene muchas bocas, hace llegar el ruido de sus lenguas y de sus

trompetas hasta las regiones mas remotas de la tierra; así es que bien pronto esta charlatana hizo correr la noticia de este segundo embarazo, hasta que llegó á oídos de los aragoneses hermanos de la Duquesa, que estaban en Roma. Considera, lector discreto, el disgusto que causaria esta novedad á los aragoneses: solo me atreveré á decirte que aunque se irritaron y fue grande el escándalo que ocasionó esta novedad y la mala opinion que tendria ya la Duquesa por toda la Italia, era mayor su dolor ignorando quién era el caballero que habia tenido la criminal osadía de enlazarse con su casa, y que con sus amores habia aumentado su linage; y enagenados de ira y

desesperacion, viéndose difamados por una muger de su sangre, se empeñan en averiguar á cualquiera precio que fuese, quien era el autor; y deseosos de evitar esta vergüenza y vengarse de una injuria tan señalada, enviaron espiones por todas partes, y soplo-nes á Nápoles para observar y escuchar á la Duquesa, y formar juicio sobre el que furtivamente se habia enlazado con ellos. Hallándose la corte de la Duquesa llena de turbacion, viendo entrar en su casa los espiones de sus hermanos, para observar todos sus movimientos y ver quien la visitaba con mas franqueza y predileccion, y siendo por otro lado tan imposible que el fuego oculto entre cenizas deje

de prestar su calor, como el que dos amantes dejen de dar alguna señal de su cariño en medio del mas estudiado disimulo, se propusieron variar de conducta por algun tiempo y dar treguas á su felicidad.

El caballero Bolonia, hombre de talento y prevision, temiendo ser sorprendido, ó que la doncella, corrompida por el dinero ó vencida por el temor, dijese alguna cosa, resolvió ausentarse de Nápoles, aunque no tan repentinamente que dejase de participar este prudente pensamiento á su fiel compañera; y en su consecuencia, estando un dia solos, la dijo tales ó semejantes palabras: «Señora, aunque no hayamos cometido nin-

gun pecado para remordernos la conciencia, cuando ha sido tan sana nuestra intencion, sin embargo los hombres juzgan por el exterior mas bien que por la fuerza de la virtud y de la inocencia, por no saber los secretos del pensamiento; y por esta razon, aun en las buenas acciones es preciso evitar un mal concepto con el comun de la sociedad, pues juzga brutalmente sin humanidad ni religion, y sin sujetarse al racionio. Ya veis las guardias y espías que vuestros hermanos han enviado á vuestra casa, y la sospecha que han concebido con motivo de vuestra sucesion, asi como los medios de que se valen para saber la verdad de todo lo que ha pasado. Yo no temo á

la muerte tratándose de vuestro bien y complacencia; pero si la doncella nos descubre hablando lo que no debe, entonces corre el mayor riesgo mi vida, y moriré como un pícaro seductor, siendo vuestro fiel y legitimo esposo. No se ventilaria este asunto en justicia, por ser demasiado justa nuestra causa, y vuestra familia me sacrificaria cuando me creyese mas seguro. Por uno ni dos asesinios no me ausentaria yo de Nápoles; pero sabiendo que hai dos compañías pagadas para arrebatarme la vida, que seria una desgracia para vos, no dudo me permitireis retirar por algun tiempo, segura de que mi ausencia es el único medio de librarnos de una catástro-

fe; pues con vos jamas harán igual atentado manchando sus manos en su propia sangre. Si yo conociese que vos quedabais en riesgo, preferiria mil muertes en vuestra compañía á vivir sin volver á veros, al paso que no me queda duda de que descubriéndose nuestro secreto, y sabiendo que el objeto de vuestro amor era yo, se vengarian, y salvarian á la vez su honor que suponen ofendido, quitándome la vida para arrancarme de vuestro lado, y salvar vuestra reputacion, llevándome yo con la muerte la culpa sin pecado ni ofensa. Por todas estas consideraciones he deliberado irme á Nápoles, arreglar mis asuntos, y desde allí, poniendo en salvo mis fon-

dos, pasar á Ancona, hasta que Dios por su infinita bondad, conociendo la inocencia y pureza de nuestros corazones, permita se disipe el furor de vuestros hermanos, concediéndonos su gracia, y consintiendo en la union legitima é indisoluble de nuestros corazones. Sin embargo, yo no quiero ejecutar ninguna determinacion sin vuestro consentimiento; y si esta no fuese de vuestra aprobacion, decidme lo que quereis que yo haga, pues vuestro esposo no desea mas que obedeceros y complaceros.»

La pobre Duquesa oyendo este discurso de su esposo, no pudo menos de prorumpir en el mas profundo llanto, tanto por la pe-

na de perderle, quanto por hallarse tercera vez en cinta; y los suspiros, las lágrimas, los sollozos y las tiernas miradas que fijaba en su esposo, daban suficientemente á entender su tristeza y el tormento de su corazón; y si no la hubiesen oído, hubiera explicado mas con sus clamores su tormento interior; pero como era muger de prudencia y talento, supo reprimirse y entregarse solo á la reflexion; y viendo la fuerza de las razones de su esposo, le dió su licencia entre sollozos y angustias, diciéndole estas cortas palabras antes que saliese del cuarto: «Mi mayor amigo, esposo adorado, si yo tuviese tanta seguridad del afecto de mis hermanos como la tengo de la

lealtad de mi doncella, te suplicaria no me dejases sola y en cinta, como me veo; pero convencida de tus reflexiones, me violentaré por tu vida, que aprecio mas que la mia, reprimiendo mi afecto por algun tiempo, para poder vivir despues tranquilos en la dulce union del matrimonio, regocijándonos con las caricias y compañía de nuestros hijos y familia, lejos de las turbulencias que los corazones sensibles sufren en el recinto de los palacios. Una cosa te pediré, y es que me escribas siempre que tengas proporcion y seguridad para saber de tu salud, pues en ello recibiré el mayor consuelo; porque segun las ocurrencias que hubiere, podré yo tomar mis me-

didadas y precauciones para nuestra seguridad y la de nuestros hijos.» Dicho esto, se abrazaron mui cariñosamente, y con tal dolor, que parecía salirse sus almas del cuerpo al desasirse uno de otro. Al fin, temiendo viniesen los espiones de los aragoneses, y observasen una escena tan triste que justificaria sus sospechas y descubriría el secreto, se despidió el caballero Bolonia de su esposa, pronunciando entre sollozos un tierno á Dios. Este fue el segundo acto trágico de esta historia, viendo la Duquesa á su marido fugitivo por haberse casado clandestinamente y á la ligera con una muger de tan alta gerarquía, y teniendo parientes de tanto orgullo, que la habian de hacer padecer.

Hé aqui un espejo de vuestras ligerezas, locos amantes, para que escarmentéis; pues no siempre se pueden dejar llevar las criaturas de los primeros movimientos y deseos de su corazon; sino mas bien reflexionar que por lo comun al placer le sigue el arrepentimiento, mas difícil de soportar que las satisfacciones que aquel proporciona. Lo mas prudente es sujetarse cada uno á su clase, y no pretender el ridículo de ser superior á su esfera, aunque no por eso negaremos que el talento y la virtud lo merezcan.

Volvamos, pues, al caballero Bolonia, quien despues de haberse despedido de su triste esposa, se marchó á Nápoles; y arrendan-

do sus bienes, y reuniendo una cantidad considerable de dinero, se fue á Ancona, ciudad del patrimonio de la Iglesia, llevándose sus dos hijos, y poniéndolos á educar con el mayor esmero, como era de esperar de un padre tan apasionado de su madre, que se complacia en ver aquellos dos tiernos pimpollos, dulce fruto de su amor. Tomó una magnífica casa para su decoro, y para alojar la comitiva de su esposa, la que sin embargo se hallaba llena de pena, pues viéndose se aumentaba su preñez y que se aproximaba el día en que debía terminarse, rodeada de los espiones de sus hermanos, era cada vez mayor su inquietud: en tal conflicto se arrojó un día á confiarlo

todo á su doncella, para ver si la ayudaba á discurrir prontamente un ardid que la salvase. La doncella era una muger de talento y bellos sentimientos, que al mismo tiempo amaba en extremo á su ama; y viéndola tan afligida y acobardada, no quiso demostrarla su admiracion ni hacerla ninguna observacion de una falta que no podia repararse; solo trató del remedio y consuelo que necesitaba, y que no tardó en discurrir para sacarla del inminente peligro en que la consideraba.

¿Es posible, Señora, la dice con ánimo y resolución, que ese talento que teneis desde la infancia, no sea capaz de daros ánimo y recursos, cuando es mas necesario para ser superiores á las desgracias que

nos afligen tan frecuentemente en este mundo? ¿Quereis evitar los peligros suspirando y sufriendo tantos tormentos en vuestro espíritu, sin tomar una resolucion para burlar los crueles esfuerzos de una adversa fortuna que pretende tanto afligiros? Yo os he oido hablar mui frecuentemente de la fuerza y constancia de espíritu que debe brillar en las princesas mas que en las damas de humilde estraccion, y que debe presentarlas como el sol entre las mas pequeñas estrellas; mas ahora veo os admirais como si no hubieseis previsto que la desgracia es tan comun en afligir á los grandes, como en abatir á los inferiores. ¿Habeis por ventura dejado para hoi con tanto talento la refle-

xion de lo que podia resultar de vuestro enlace con el caballero Bolonia? ¿Podia su presencia solo libraros de los reveses de la fortuna, ni quitaros del pensamiento las penas, sustos y temores que ahora afligen vuestro espíritu? ¿Es regular, en fin, que os atormenteis de esa manera, cuando solo debeis ocupar vuestra imaginacion en el medio de salvar vuestro honor y el fruto precioso de vuestras entrañas? Si tanta pena teneis por vuestro esposo y temeis se descubra vuestra nueva preñez, ¿por qué no discurreis los medios de emprender algun viage para encubrir el lance y burlar á los que os rodean? ¿No necesitais valor en esta ocasion tan crítica? ¿En qué pensais,

(74)

Señora, decid: no me dais alguna contestacion? — Ah, querida, la responde la Duquesa: si tú sufrieses lo que yo sufro, no tendrías las palabras tan á la mano, ni me reprendieras de mi poca constancia; pues tal es mi abatimiento, que no tengo ya espíritu para resolver ni para meditar. Si mis hermanos llegan á saber mi preñez, peligrá mi vida, y aun tú misma acaso sufrirás la penitencia de mi pecado. ¿Pero qué medio tomaremos para librarlos del inminente peligro que nos rodea? Yo pienso que si descendiese á los infiernos, quisieran saber si me amaba alguna sombra: considera si viajando por el reino me dejarán en paz, y mucho mas cuando sospecharán que la causa de mi

(75)

ausencia procede del deseo de vivir en mi libertad, y en compañía del que creen ser otro que mi esposo legítimo; y como son tan malos y tan sospechosos, maliciarán mas pronto mi situacion, cuyas consecuencias fueran para mí peores viajando que aqui en medio de mis angustias; y tambien vosotros quedaríais en mayor peligro, cuando esos verdugos no pudiesen encarnizarse contra vuestra infeliz ama.... ¡Cómo! ¿con nosotros, Señora? dice la doncella. Tratad de haceros paso con espíritu y resolucion; seguid mi consejo, pues yo confio en que este será el medio de ver á vuestro esposo y de ponerlos en salvo de todo riesgo y tropelía que aqui pueden intentar. — Dime

(76)

lo que quieras, pues puede que acaso me resuelva á seguir tus buenos consejos. — Pues Señora, yo soi de opinion, dice la astuta doncella, que hagais correr la voz de haber hecho el voto de ir á visitar el santo templo de nuestra Señora de Loréto, y que mandeis disponer el tren y familia que deba seguiros para marchar á cumplir esta devocion, y desde alli tomareis el camino de Ancona, á donde antes de partir podeis enviar vuestros muebles, vajillas y dinero. Despues Dios hará lo demas, y cuidará de vuestra causa por su divina misericordia. La Duquesa al oir hablar de esta suerte á esta joven, tan fiel como discreta, no pudo menos de abrazarla y besarla,

(77)

bendiciendo la hora de su nacimiento y la en que habia entrado á servirla, diciéndola: «Hija mia, ya tenia yo deliberado dejar mis criados y grandeza para vivir como simple particular tranquila y contenta con la dulce compañía de mi esposo; pero no podia discurrir un medio para salir decorosamente de esta tierra, sin dar lugar á sospechas indecentes y propias solo de mis detractores; y pues que tú me abres el camino, te prometo seguir tu consejo con la brevedad que es necesaria; porque mas quiero ver á mi esposo y estar sola sin títulos ni grandezas, que vivir sin él, y lisonjeada de aduladores y vanos títulos que aborrezco ya de corazon.» — Lo mismo que se

formó el plan fue ejecutado, y tan diestramente manejado, que en menos de ocho dias envió la Duquesa la mayor parte de sus preciosos muebles y alhajas á Ancona, tomando sin embargo el camino de Loreto, despues de haber divulgado el voto solemne que se dijo habia hecho de ir á esta peregrinacion. No bastaba á esta infeliz haberse casado, mas bien por satisfacer su pasion, que por razon de estado; pues quiso añadir á este pecado político en su clase una execrable impiedad, haciendo á los santos lugares de devocion ministros del amor y de la locura. Este es hoy tambien un vicio bastante frecuente; de manera que los viages y peregrinaciones de estos tiempos

son para algunos mas bien la escuela de la prostitucion, que ejercicios de los que se llaman cristianos. Mas dejemos este punto, y consideremos cuales son los tristes efectos de una pasion, que aunque honesta, es mal fundada por la desigualdad de personas, que siempre presenta ostáculos funestos á las víctimas de un ciego amor. ¿Quién hubiera imaginado que una princesa dejase su grandeza, sus bienes y sus hijos, despreciando su clase y reputacion, por seguir, como una muger comun y disoluta, á un simple particular, y lo que es mas, á un criado suyo? Pues ya estamos viéndola correr como una loba hambrienta tras de la presa, para volverse á unir al mas in-